



La escritora argentina y la tradición: Victoria Ocampo, Guillermo de Torre y el retorno del *Mal francés*

Antoni Martí Monterde¹

Resumen. El objetivo del presente artículo es reconstruir y presentar una polémica cultural entre España y Argentina, en los años treinta del siglo XX. Los protagonistas de esta polémica son Guillermo de Torre y Victoria Ocampo. Acusada esta de escribir en francés por *coquetería*, Guillermo de Torre ilustra con su figura las tensiones entre España y América, concretamente Argentina, sobre la unidad del idioma castellano y su difícil universalidad. Ocampo se defiende en lo que constituye un gran testimonio cultural de las élites de Buenos Aires, en tensión con la actitud colonialista y supremacista de los intelectuales peninsulares.

Palabras clave: Guillermo de Torre, Victoria Ocampo, Literatura Argentina, Latinoamérica, Jorge Luis Borges, *Sur*, nacionalismo cultural español, crítica cultural.

[en] The Argentine writer and tradition: Victoria Ocampo, Guillermo de Torre and the return of *French Evil*

Abstract. The aim of this paper is to reconstruct and present a cultural controversy between Spain and Argentina in the 1930s and whose main characters were Victoria Ocampo and Guillermo de Torre. After Ocampo was accused of writing in French on account of her vanity and snobbishness, Guillermo de Torre illustrated with her figure the tensions between Spain and America, specifically Argentina, based on the unity of the Castilian language and its difficult universality. On her behalf, Ocampo defended herself in what constitutes a great cultural testimony of the elites in Buenos Aires, that were in tension with the colonialist and supremacist attitude of the peninsular intellectuals.

Keywords: Guillermo de Torre, Victoria Ocampo, Literatura Argentina, Latinoamérica, Jorge Luis Borges, *Sur*, nacionalismo cultural español, crítica cultural.

Sumario. 1. De dadá a académico gagá. 2. El “mal francés” de Victoria Ocampo. 3. Babel y desarraigo como experiencia americana. 4. Babel o España.

Cómo citar: Martí Monterde, A. (2019) La escritora argentina y la tradición: Victoria Ocampo, Guillermo de Torre y el retorno del *Mal francés*, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 48, 237-263.

¹ Universitat de Barcelona, Barcelona. España.
E-mail: antonimartimonterde@ub.edu

En las relaciones literarias transatlánticas, las tensiones culturales entre España y América han tomado frecuentemente la forma de la polémica. En este sentido una de las más célebres y estudiadas es la llamada Polémica del Meridiano, desatada a raíz del célebre editorial de *La Gaceta Literaria* “Madrid. Meridiano intelectual de Hispanoamérica”, publicado en 1927 por Guillermo de Torre, aunque sin firmarlo. Sin embargo, en este artículo nos proponemos presentar y aclarar un hecho aparentemente contextual, pero que, en realidad, no lo es: lejos de ser un debate aislado y autosuficiente, la polémica del Meridiano funciona dentro de un conjunto de polémicas complementarias entre sí, que forman un sistema complejo y duradero de tensiones culturales que se extiende a lo largo de casi medio siglo:² desde la polémica recepción del Modernismo americano en la España finisecular, pasando por la querrela filológica sobre el idioma de los argentinos, la función del Instituto de Filología de Buenos Aires, especialmente en la época en que lo dirigió Américo Castro, y llegando hasta los efectos de la conferencia de Jorge Luis Borges “El escritor argentino y la tradición” y sus efectos. Todos estos episodios todavía resuenan claramente en las relaciones literarias entre la literatura española y el resto de literatura en lengua castellana: la revisión conjunta de estas polémicas puede iluminar los estudios transatlánticos, y, además, ejercer como espejo en el que la historia de la literatura española –como disciplina académica y como agente sociosemiótico nacional– se resiste a mirarse.

Una parte importante de aquellas polémicas, especialmente por parte de Guillermo de Torre tienen también como objetivo, en realidad, consolidar el nacionalismo cultural español en clave interna –digamos ibérica– (Martí Monterde 2014), tanto o más que en clave transatlántica. Este es el caso que nos ocupa: la polémica entre Guillermo de Torre y Victoria Ocampo sobre el uso del francés como lengua de producción cultural en la Argentina. Por ello, de Torre publica sus argumentos en el periódico madrileño *El Sol*, es decir, en el círculo periodístico de José Ortega y Gasset, y van dirigidos de manera casi exclusiva a lo que podría denominarse *público invertebrado* de Ortega. Se trata de una serie de artículos bajo el epígrafe común de “Nuestro idioma y la Argentina”, redactados por de Torre cuando ya lleva algunos años viviendo en Buenos Aires, aparecidos entre abril y junio de 1932.

1. De dadá a académico gagá

En el primero de aquellos artículos, publicado el 10 de abril de 1932 bajo el título “Preámbulo de claridades”, Guillermo de Torre hace un balance –personal y general al mismo tiempo– de “lo que nos pasa a ciertos escritores españoles con relación al idioma una vez que hemos traspuesto la línea ecuatorial” (Torre 1932a: 2). Se refiere a una sensación que no resulta, en estos momentos, excepcional, más bien al contrario: desde el primer viaje de José Ortega y Gasset a la Argentina, en 1916, la situación a la que se refiere de Torre resulta muy frecuente, aunque los

² Véase desde [Sin firma] “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica” (1927a: 1, portada) hasta “Recuerdos de *La Gaceta Literaria*” (1968: 294). Sobre esta polémica, véase: José C. González Boixo (1988: 166-171), Carmen Alemany Bay (1998), Alejandrina Falcón (2010: 39-58).

extremos que relata solamente pueden explicarse a partir de la permanencia –más allá de la mera visita cultural– más o menos indefinida, como era su caso, y lo será de manera mucho más clara con los escritores exiliados españoles primero del 36 y después del 39. Esta situación lingüística de contraste lleva a Torre a una primera impresión:

Palabras que desde lejos, oídas en España, hamacadas por la prosodia transatlántica, nos encantaban por su colorido y su exotismo, empiezan a volvérsenos sospechosas [...] comenzamos ahora a escucharlas con recelo. [...] No por antipatía ni por un sentido de superioridad castellanista, sino más bien por un movimiento defensivo, de autoconservación, casi de espaldas a nuestra voluntad y a nuestro raciocinio. Y entonces, ante este fenómeno inesperado y alarmante, nosotros, es decir, yo, el escritor español joven que se creía exento de supersticiones y tradicionalismos idiomáticos, [...] se interroga con temor: Pero, ¿qué es esto? ¿Acaso irá a anquilosarse prematuramente mi sensibilidad? ¿Es que iré a volverme por un proceso involutivo apresurado académico “gagá” – después de haber sido “dadá” no ha mucho–, reticente ante el lenguaje heteróclito y sumisamente respetuoso a las formas ortodoxas del decir? (Torre 1932a: 2)

Como puede apreciarse, en la explicación de sus sensaciones, Torre traza la misma asimetría que en el manifiesto de 1927: lo *normal* es lo madrileño-español.

Recordemos brevemente los puntos nodales de aquel provocador escrito: el marco en que inicialmente se planteaba aquella discusión parecía claro para una revista que se titulaba *Ibérica, americana, internacional*: “Afirmado ya nuestro iberismo, aludimos ahora a la América de lengua española, a Hispanoamérica, a los intereses intelectuales de aquella magna extensión continental, en su relación directa con España” (Torre 1927a: 1). El eje de la reflexión parece abierto; pero repentinamente se abandona por una digresión sobre el nombre de esa América, rechazando tanto el latinoamericanismo (de gravitación francesa pero con implicaciones italianas a través de Roma) como el panamericanismo (de signo estadounidense). Pero la tensión principal está clara: “Adviértase el cuidado con que evitamos escribir el falso e injustificado nombre de América Latina” (Torre 1927a: 1). La apuesta toma forma de respuesta:

No hay, a nuestro juicio, otros nombres lícitos y justificados para designar globalmente –de un modo exacto que selle los tres factores fundamentales: el primitivo origen étnico, la identidad lingüística y su más genuino carácter espiritual– a las jóvenes Repúblicas de habla española, que los de Iberoamérica, Hispanoamérica o América española. Especialmente, cuando se aluda a intereses espirituales, a relaciones literarias, intelectuales o de cultura. Ya que en la América hispanoparlante –he ahí, en rigor, la denominación exacta para estos fines, puesto que los vínculos más fuertes y persistentes no son los raciales, sino los idiomáticos–, puede afirmarse paladinamente que todos los mejores valores de ayer y de hoy –históricos, artísticos, de alta significación cultural–, que no sean españoles, serán autóctonos, aborígenes, pero, en modo alguno, franceses, italianos o sajones. (Torre 1927a: 1)

Con el trasfondo de esta necesidad de subrayar la españolidad del subcontinente sudamericano frente a lo que denomina “turbias maniobras anexionistas que Francia e Italia viene realizando respecto a América”, entre los argumentos principales del manifiesto se reaccionaba contra la postulación de París como capital de la *latinité*, –entendiendo la cuestión nominal sobre América como una proyección de las estrategias de las potencias europeas que John Leddy Phelan denominó acertadamente panlatinismo (Quijada: 596), y se planteaba, de manera imperativa –”¡Basta ya, por tanto, de ese latinismo ambiguo y exclusivista! ¡Basta ya de tolerar pasivamente esa merma de nuestro prestigio, esa desviación constante de los intereses intelectuales hispanoamericanos hacia Francia!”– (Torre 1927a:1) que debía ponerse freno a esta influencia que, aunque en el plano *étnico* –el término lo utiliza Guillermo de Torre– pudiese incluir a España, en el plano de la preponderancia cultural, la excluía.

Frente a los excesos y errores del latinismo, frente al monopolio galo, frente a la gran imantación que ejerce París cerca de los intelectuales hispanoparlantes tratemos de polarizar su atención, reafirmando la valía de España y el nuevo estado de espíritu que aquí empieza a cristalizar en un hispanoamericanismo extraoficial y eficaz. Frente a la imantación desviada de París, señalemos en nuestra geografía espiritual a Madrid como el más certero punto meridiano, como la más auténtica línea de intersección entre América y España. (Torre 1927a: 1)

En función de esa normalidad, introduce dos factores determinantes: en primer lugar, el hecho de que el español peninsular, en Argentina, ya había tenido que mostrarse refractario en los tiempos de fobia a lo extranjerizante: “la reacción mínima, a mi juicio, era lógico que se tradujese en una sintaxis Baroja” (Torre 1932a:2). Pero en el momento de trasponer la situación a la Argentina, donde el extranjerismo no podía ser atribuido tan sencillamente a una emulación o a una influencia de carácter eminentemente cultural, Torre señala que estas reacciones y sentimientos no son sino:

Manifestaciones pasajeras de un espontáneo e irreprimible movimiento defensivo –como antes dije–. Significa que uno quiere conservar un bien común. Un instrumento de inteligencia y disfrute muy vasto que la ignorancia, el “esnobismo”, el inmigrantismo y otros factores argentinos están reduciendo y desfigurando. (Torre 1932a:2)

Esta supuesta *desfiguración* idiomática parte de la base que el instrumento que es la lengua está dejando de ser un atributo de la inteligencia, entregado a una ignorancia que no se sabe muy bien a qué remite –¿quizá Torre se refiere al criollismo?–, un esnobismo que remite a las críticas de galicismo mental recibidas en años anteriores por los modernistas, y, finalmente, el aluvión migratorio que, convertido en *ismo*, no es visto como integrador de una sociedad común, sino que, a través de la pureza de la lengua, sería rechazado.

Aunque no debe entenderse como una retractación, en el párrafo siguiente Guillermo de Torre da un sorprendente giro comprensivo a esta situación idiomática argentina. “Se impone nuestro innato sentido de liberalidad literaria y empezamos a buscar la legitimidad de esta heterodoxia idiomática” (Torre 1932a: 2). Esa muestra de sensibilidad no es tanto un reconocimiento de la realidad, sino reflejo de sus asimetrías implícitas. A renglón seguido, Torre afirma que el contingente de extranjeros que, llegados en aluvión a Buenos Aires, nunca abandonarán del todo su propia lengua y tampoco llegarán a hablar perfectamente el castellano, tienen como contrapartida convertirse, aun imperfectamente, en un contingente de nuevos hablantes del castellano, lo cual otorgaría a Argentina un papel clave, que Madrid no había podido ejercer: “Buenos Aires es el más poderoso centro de castellanización que existe en el mundo” (Torre 1932a: 2). A través de lo babélico, el castellano impone orden, y lo español se amplía. Sin embargo, que se amplíe la base no implica que el capital simbólico de la lengua española crezca entre las élites.

2. El “mal francés” de Victoria Ocampo

Al existir ese desencaje profundo entre su propuesta y la realidad sociocultural argentina, pocas semanas más tarde, en la segunda entrega de estos “Fulletones de El Sol”, Guillermo de Torre debe corregir ese segundo argumento analizando las élites argentinas y su desapego por la cultura española, comenzando por su idioma. Para ello, nada más indicado que escoger a Victoria Ocampo, un perfil indiscutiblemente emblemático de esas élites europeizantes que, desde la generación del ochenta y con el punto de inflexión del 1910, habían definido el sueño moderno de Buenos Aires como la posible capital del siglo XX, o al menos como el París del hemisferio sur. En los años treinta, ese sueño moderno se encuentra en su apogeo, y Victoria Ocampo dirige la revista *Sur* –que se definía por un equilibrio entre textos argentinos y europeos– como uno de sus puntales. Y *Sur*, donde Torre colaboraba, evidentemente se veía atrapada en el espacio que quedaba entre las élites o minorías argentinas y el público general, unas élites que, en realidad, a diferencia de las élites culturales europeas, no podían meramente conservar una tradición sino que debían hacerse cargo de crearla y ponerla a disposición de un público más extenso. Un público que, de hecho, pretendían crear; porque por el momento solamente contaban con un público que, al hojear la revista, la consideraba extranjerizante, lo cual generó no pocas disputas con otras revistas argentinas del momento.

En esa tesitura, en el número 3 de *Sur*, del año 1931, Victoria Ocampo publica un importante testimonio, bajo el título “Palabras francesas”: una defensa del uso del francés como lengua de cultura en su círculo, en su educación sentimental y, en cierto modo, en el programa de su revista. Resulta necesario detenerse en este escrito de Ocampo, y citarlo directamente, porque Guillermo de Torre, tras un elogio –bastante relativo– de su figura, sintetiza tanto como tergiversa sus argumentos para situarla en la siguiente perspectiva:

Precisamente de esta multiplicidad de intereses en que se proyecta el suyo, cabría derivar el único reproche dirigible a Ocampo. Y no es tanta su maleabilidad, su porosidad intelectual, como su credulidad excesiva en lo ajeno y su desconfianza en las facultades propias. (Torre 1932b:9)

El concepto de “porosidad intelectual”, que con el paso del tiempo acabará siendo recurrente en Torre hasta el punto de aplicarlo indistintamente a una escritora o a todo un continente, no se convierte, como podría parecer, en el punto de partida de una reflexión sobre el talento individual y la tradición, sino en una discusión de esa misma tradición, en tanto que doblemente ajena.

Todo había comenzado, en realidad, de manera bastante trivial, de la mano de Max Daireaux que, en su *Panorama de la littérature hispano-américaine* –primera historia de la literatura hispanoamericana publicada en francés, en 1930–, había considerado una coquetería el uso de esta lengua por parte de escritores como Ocampo “qui pousse la coquetterie jusqu’a faire traduire en espagnol ce que d’abord elle publie en français” (33). Por su parte, Ocampo se refiere al punto de partida de esta polémica en los siguientes términos:

En el *Panorama de la Littérature Hispano-Américaine*, publicado en París por Kra, el Sr. Max Daireaux declara que en Buenos Aires los escritores nacionales no encuentran resonancia ni apoyo. La “élite” y particularmente las mujeres, núcleo de esta “élite”, que leen, según parece, con “fervor desordenado”, se desentenden de ellos, jactándose de ignorarlos. Afectan no poder leer más que en francés. El español les aburre. “Sucede con frecuencia –agrega M. Daireaux– que ciertos escritores que viven en Buenos Aires sólo escriben en francés: tal es el caso de Delfina Bunge de Gálvez y también el de Victoria Ocampo, que lleva su coquetería al extremo de hacer traducir al español, por otros, lo que antes publicó en francés”.

Lo que M. Daireaux asegura es cierto, parte en cuanto a los efectos, parte en cuanto a las apariencias; pero absolutamente falso en lo que atañe a las causas y al espíritu, al menos en lo que me concierne. (Ocampo 1931:7)

Como respuesta Victoria Ocampo traza una especie de autobiografía personal y colectiva –generacional– al mismo tiempo, que tiene bastante de confesión, como señala Guillermo de Torre, pero no poco de alegato –y no solamente frente el historiador de la literatura francés–: “no trataré de responder como “escritora” a los comentarios que M. Daireaux y otros hacen a mi respecto, sino simplemente como un ser humano en busca de expresión” (Ocampo 1931:15). La utilización de la fórmula “en busca de expresión”, no es nada casual, y remite claramente a los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* de Pedro Henríquez Ureña, publicados en 1928. Por un lado, no debe pasar inadvertido que Ocampo señale que el inglés y el francés sean las lenguas –y las tradiciones literarias– en las que descubre la lectura: la traducción francesa de *Sesam and Lilies*, de John Ruskin –a quien hasta entonces leía en original inglés–, y especialmente el prólogo de Marcel Proust –por entonces un desconocido, insiste Ocampo– a aquel libro, *Journées de lecture*, le sirven para remontar la reflexión a la escena originaria del descubrimiento de las palabras y los días en la infancia. Pero la estructura que hace posible ese descubrimiento es la

realidad cotidiana de una persona de su perfil social y cultural: infancia porteña, de clase alta, educada en París:

Todos los libros de mi infancia y de mi adolescencia fueron franceses o ingleses; franceses en su mayoría. Aprendí el alfabeto en francés, en un hotel de la Avenida Friedland. Desde entonces el francés se me ha pegado en tal forma que no he podido desembarazarme de él. Mi institutriz era francesa. He sido castigada en francés. He jugado en francés. He rezado en francés. [...] Es decir que comencé a llorar y a reír en francés. Leía insaciablemente. Las hadas, los enanos, los ogros hablaron para mí en francés. Los exploradores recorrían un universo que tenía nombres franceses. Y, más tarde, los versos bellos fueron franceses y las novelas, donde por primera vez veía palabras de amor, también. En fin, todas las palabras de los libros de mi infancia, esas palabras que contienen “el viento rápido y el sol brillante que hacía cuando los leíamos” fueron, para mí, palabras francesas.

¿Cómo separarme de ellas sin separarme de esta infancia? ¿Cómo separarme de mi infancia sin cortar toda comunicación con la esencia misma de mi ser, sin empobrecerme absolutamente, definitivamente, de mi realidad, de su fuente? (Ocampo 1931:15-16)

No es necesario señalar que un perfil como este resulta ciertamente excepcional en la Argentina de aquellos años, pero no entre las élites de la capital, herederas del proyecto modernizador de la generación de los ochenta, de la cual son, en realidad, su última y más brillante concreción en el siglo XX, antes de que ese proyecto se disemine en múltiples estéticas sustentadas por creadores de perfiles diferentes, a menudo europeos, pero *de otra manera*. El mismo Borges responde a este perfil, en su caso concretado como “Hispano-anglo-portugués educado en Suiza” como lo caracterizó Néstor Ibarra en el “Préface” a la traducción francesa de *Ficciones*. Porque, tal como señala la directora de *Sur*, se trata de una experiencia americana generacional.

Nadie que haya adoptado el francés desde una lengua europea, desde una experiencia europea, vive lo que Ocampo considera un drama: la falta de espontaneidad cuando habla o escribe en español. “Quedaré siempre prisionera de otro idioma, quiéralo o no, porque ese es el lugar en que mi alma se ha aclimatado” (1931:19). Para Ocampo, “mi español –la expresión verbal me fue siempre difícil– era, en otro plano, casi tan primitiva y salvaje”, mientras que “el empleo del francés es, en mí, lo contrario de una actitud convencional” (1931:19). El abismo que separaba la dimensión social de una y otra lengua era tal que:

Muchos de entre nosotros habíamos llegado, insensiblemente, a creer enormidades. Por ejemplo, que el español era un idioma impropio para expresar lo que no constituía el lado puramente material, práctico, de la vida; un idioma en que resultaba un poco ridículo expresarse con exactitud –esto es, matiz-. Cuanto más restringido era nuestro vocabulario, más a gusto nos sentíamos. Toda rebusca de expresión tenía una apariencia afectada. Emplear ciertas palabras, ciertos giros de frase (que no eran, en realidad, otra cosa que gramaticalmente correctos) nos chocaba como puede chocarnos un vestido de

baile en un campo de deportes o una mano que toma la taza con el meñique en el aire.

Muchos de nosotros empleábamos el español como esos viajeros que quieren aprender ciertas palabras de la lengua del país por donde viajan, porque esas palabras les son útiles para sacarlos de apuros en el hotel, en la estación y en los comercios, pero que no pasan de ahí. (Ocampo 1931:20)

No es necesario discutir aquí el verdadero alcance de las palabras de Ocampo. No debe descartarse una cierta coquetería –que seguramente los sociolingüistas llamarían diglosia, pero no puede serlo en este caso, puesto que no hay superposición territorial de lenguas–, y que tiene poco que ver con la que caracterizaba el superficial historiador francés, sino que constituye la cristalización del *habitus*, y el entramado de la distinción, en términos de Pierre Bourdieu. Esto queda mucho más claro si se tienen en cuenta las discusiones sobre el campo intelectual y literario del momento, especialmente con los representantes de otras revistas, no menos modernizadoras, pero con otra relación con la lengua.

Pero lo que resulta más interesante es que solamente a través de las élites Ocampo puede llegar a considerar el español como una lengua de su expresión cultural:

Sólo en 1916, cuando el primer viaje de Ortega, después de haber conversado largamente con él, advertí gradualmente mi tontería. Comenzaba a descubrir que todo podía decirse en lengua española sin que uno se hiciese automáticamente pesado, afectado, grandilocuente. Pero este descubrimiento llegaba demasiado tarde. Hacía ya mucho tiempo que era prisionera del francés. (Ocampo 1931:23)

Sin embargo, quizá porque efectivamente Ortega llega tarde a Argentina –y, añadiríamos, Ortega surge también tardíamente en España–, el deslumbramiento por su obra y figura nunca llegará a convertirse en generacional, sino que en el caso de Ocampo tiene mucho de excepcional y personal.

Las implicaciones en la tradición literaria argentina del relato de Ocampo, desde el punto de vista de unas élites lectoras que pasan a ser élites rectoras de la Argentina, son extensas y profundas. Por un lado, esa asimetría en la relación con sendos idiomas, además de la lógica preferencia por la idea francesa de civilización, así como la función de la lectura en esa idea, intrínseca a esa formación y los valores que le resultaban inherentes, se convertía en un prejuicio negativo, por contraste: el uso del español culto implicaba la relación con un modelo cultural que, al disponer ya del francés, resultaba un innecesario retroceso:

En nuestro caso debemos tener en cuenta, por añadidura, una especie de desdén latente hacia lo que venía de España (no entro a examinar si ese desdén tenía alguna excusa o justificación). Además, debido a otro fenómeno, que sería curioso analizar, nos volvíamos al francés por repugnancia a la afectación. La penuria del español que aceptábamos nos lo tornaba imposible. Rechazábamos su riqueza; rechazábamos esa riqueza como una cursilería. Nos disgustaba como una ostentación de lujo hecho de relumbrón y joyas falsas. (Ocampo 1931:21)

Esta condición postiza del uso culto del español, ese posible desdén, en definitiva se transformaba también en una posición de lectura:

Por otra parte, si bien es cierto que soy a ese respecto un caso ejemplar por su exageración y que las cosas han llegado en mí hasta el límite extremo (entre otras razones, sin duda, a causa de una introversión muy marcada), no creo ser una excepción. En mi medio y en mi generación las mujeres leían casi exclusivamente en francés. Recuerdo haber recibido y hecho, de niña, muchos regalos de libros, casi eran todos franceses, desde *La Princesse de Clèves* hasta Claudel. (Ocampo 1931:19)

Si bien es cierto que la figura del tópicos personaje franco-argentino se convirtió en objetivo de no pocas ironías borgianas –que van de Paul Groussac a Pierre Menard y que de hecho tienen como trasfondo la participación del mismo Borges, aunque parezca sorprendente, en las reticencias contra Rubén Darío por afrancesamiento:³ a nadie que conozca el Jorge Luis Borges oral puede pasarle inadvertido este argumento como una de las posibles inspiraciones de una conocida leyenda que Jorge Luis Borges se encargó de propagar: afirmaba que cuando leyó por primera vez el *Quijote*, lo había hecho en inglés, de niño, y que cuando años más tarde lo leyó en español le pareció una traducción: “When later I read Don Quixote in the original, it sounded like a bad translation to me” (Borges y di Giovanni: 42). Esto, sin dejar de ser una broma, contiene una reflexión muy seria: tiene que ver con el niño *Georgie* –apelativo con que su madre le llamaba, de cuando vivían en Europa– quien habría aprendido a leer en la biblioteca familiar, nutrida de numerosas novelas inglesas del siglo XVIII. Cuando leyó el *Quijote*, así pues, reconoció el arte narrativo cervantino aprendido a través de aquellas novelas –que son las que verdaderamente incorporaron a Cervantes a la tradición literaria occidental–, y no le significó ninguna aportación ni novedad, puesto que ya las tenía incorporadas a su talento individual, a través de la lengua y la literatura inglesa.

En el caso de Ocampo, en lo que constituye un precedente de la polémica que protagoniza involuntariamente, la lectura de Rubén Darío –pese a ser prodigiosa– ya no puede aportar nada novedoso a una lectora de Verlaine. Debe subrayarse el hecho de que, como Ocampo no es española, y además en términos culturales es *francesa*, el efecto que le produce la lectura de Darío no es el de un afrancesamiento, como le sucedió a Juan Valera o a Pío Baroja (Martí Monterde 2016: 298, Martí Monterde 2013: 62-80). “Alguien me hizo leer en aquellos años a Rubén Darío. Sus poesías me parecieron de un mal gusto intolerable: una parodia de Verlaine” (Ocampo 1931:19-20). Solamente le sugiere el sinsabor de un esfuerzo paródico involuntario, le hace pensar en un precursor que llega demasiado

³ En 1930, Borges escribe en *Evaristo Carriego*: “el verdadero y famoso padre de esa relajación fue Rubén Darío, hombre que a trueque de importar del francés unas comodidades métricas, amuebló a mansalva sus versos en el *Petit Larousse* con una tan infinita ausencia de escrúpulos que *panteísmo* y *cristianismo* eran palabras sinónimas para él y que al representarse *aburrimiento* escribía *nirvana*” (1997: 122). En nota al pie de página fechada en 1954, de la edición posterior del mismo libro, Borges añade: “Conservo estas impertinencias para castigarme por haberlas escrito. En aquel tiempo creía que los poemas de Lugones eran superiores a los de Darío. Es verdad que también creía que los de Quevedo eran superiores a los de Góngora”, añade. (122n). Véase Dobry (2010:47).

tarde. Pero Ocampo, que no ignora las polémicas sobre el modernismo, el cosmopolitismo y las acusaciones de desarraigo lingüístico-nacional que le llovieron al autor de *Azul* por parte de la intelectualidad finisecular española (Martí Monterde 2014: 186-200), por lo cual realiza en este punto una doble consideración: si, en relación a la lengua, el español se sitúa en ultramar, en lo que se refiere a la literatura, la posición de la literatura española resulta igualmente *ultramarina* –lejana, inasumible desde el punto de vista de la evolución literaria de las élites bonaerenses. Este argumento –que tiene su continuación también en lo que respecta a Borges, como veremos– produce un *décalage* en la apreciación de la tradición literaria.

A los veinte años, yo era, en lo concerniente a España, de una ignorancia tan sólida y tan agresiva, que algunos amigos compadecidos trataron de sacarme de ella. Se esforzaron por iniciarme en las delicias de la literatura castellana. Me dieron a leer *Doña Perfecta*, *Doña Luz*, *El sombrero de tres picos*... Apenas pude tragarlos. Mi convicción de que el español era un idioma guindé y aburrido aumentó. “Toute sonore encore” de los clásicos franceses permanecía sorda a lo demás. (Ocampo 1931:23)

Así pues, este debe ser considerado ser uno de los orígenes de uno de los argumentos clave de Jorge Luis Borges en “El escritor argentino y la tradición”.⁴ Ante la solución al problema planteado, considerar que “hay una tradición a la que debemos acogernos los escritores argentinos, y que esa tradición es la literatura española”, menos limitado que el consejo previamente analizado por Borges –hacerse cargo de temas locales y no universales–, le resulta no menos limitado, puesto que “también tiende a encerrarnos” (Borges, 1953 [1989]: 271). La primera objeción que aduce, lapidaria, ni siquiera requiere explicaciones: “la historia argentina puede definirse sin equivocación como un querer apartarse de España, como un voluntario distanciamiento de España” (Borges 1953 [1989]: 271). Nada añade, nada que añadir. Pero la segunda tiene que ver, precisamente, con la constitución de una imagen letrada de las élites argentinas, creada en la época fundacional de *Sur*, que Borges extiende de manera transversal:

entre nosotros el placer de la literatura española, un placer que yo personalmente comparto, suele ser un gusto adquirido; yo muchas veces he prestado, a personas sin versación literaria especial, obras francesas e inglesas, y estos libros han sido gustados inmediatamente, sin esfuerzo. En cambio, cuando he propuesto a mis amigos la lectura de libros españoles, he comprobado que estos libros les eran difícilmente gustables sin un aprendizaje especial; por eso creo que el hecho de que algunos ilustres escritores argentinos escriban como españoles es menos el testimonio de una capacidad heredada que una prueba de la versatilidad argentina. (Borges 1953[1989]: 271).

⁴ “El escritor argentino y la tradición”, en *Cursos y Conferencias XLII*, 250-251-252, enero-febrero-marzo de 1953; pp. 515-525. Posteriormente en *Discusión* (1957: 151-162) y más adelante en *Obras Completas* (1989, vol. I: 267-274), versión por la que se cita. En *Claves de la literatura hispanoamericana*, Guillermo de Torre comenta más ampliamente el texto de Borges, tal como es incluido en la segunda versión de *Discusión*. Véase D. Attala, S. Delgado y R. Le Marchadour.

No cabe duda de que Borges toma una explicación individual y excepcional, la de Victoria Ocampo, como un argumento generacional, en primer término, y después nacional, a partir del cual se constatará la ruptura con la tradición literaria española, cuya continuidad transatlántica preconizada por Guillermo de Torre cae desmantelada por el hecho, radicalmente literario, de haberse gestado una cultura diferente, y una relación específica, con la tradición literaria europea: es el afán europeizante:

Todo aislamiento es ilusorio. La historia de la organización espiritual de nuestra América, después de la emancipación política, nos dirá que nuestros propios orientadores fueron, en momento oportuno, europeizantes: Andrés Bello, que desde Londres lanzó la declaración de nuestra independencia literaria, fue motejado de europeizante por los proscritos argentinos veinte años después, cuando organizaba la cultura chilena; y los más violentos censores de Bello, de regreso en su patria, habían de emprender en su turno tareas de europeización, para que ahora se lo afeen los devotos del criollismo puro.

Apresurémonos a conceder a los europeizantes todo lo que les pertenece, pero nada más, y a la vez tranquilicemos al criollista. No solo sería ilusorio el aislamiento —la red de las comunicaciones lo impide—, sino que tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental. Y en literatura —ciñéndonos a nuestro problema— recordemos que Europa estará presente, cuando menos, en el arrastre histórico del idioma. (Henríquez Ureña 1928[1960]: 249-250)

Y esa relación, tal como apuntaba Henríquez Ureña, es específicamente americana, partiendo de la lengua, de la geografía, de la modernidad y de la tradición. O, como afirma Ocampo,

La consecuencia que saco de mis reflexiones sobre este tema es que nada de esto habría ocurrido si yo no hubiera sido americana. Si yo no hubiera sido esencialmente americana yo no habría hablado un español empobrecido, impropio para expresar todo matiz y no me habría negado al español de ultramar. (Ocampo 1931:23)

Por tanto, América ya es, en este momento, una nueva perspectiva, definitivamente asentada en el conjunto europeo-occidental, a través de esta posición individual que, más allá de la coquetería, se convierte en una estructura de sentimiento a partir de la cual la imaginación cultural se desarrolla por sí misma.

3. Babel y desarraigo como experiencia americana

Estos eran los argumentos de Victoria Ocampo que tomaba Guillermo de Torre como punto de partida en su artículo de *El Sol*, para quien lo substancial de este debate se concreta en unas preguntas retóricas, que no son dirigidas a los lectores bonaerenses, sino más bien al lector español:

¿Cómo [...] se había llegado en la Argentina a este menosprecio de nuestro idioma y de nuestra cultura que eran también –interinamente, hasta la creación de otros propios– riquezas tuyas? ¿En virtud de qué causas el idioma español y sus anexos habían llegado a ser víctimas de ese complejo de inferioridad originado, cierto es, en la misma España, pero cuyas proyecciones más delicadas y graves se dan en América? (Torre 1932b: 9)

Retomando los argumentos de la misma Ocampo, y que sintetizan de manera bastante objetivable buena parte de la historia de la Argentina desde la época de Sarmiento, cuyo “Gobernar es poblar” es el punto de partida del proceso inmigratorio, el aluvión *gallego* no aportaba capital simbólico al castellano que se hablaba entonces en Argentina, más bien al contrario, era la lengua o bien de los criollos o bien de trabajadores analfabetos en su propio idioma, mientras que por un lado el inglés ya estaba presente entre las élites urbanas del siglo XIX por la llegada de ingenieros y otros trabajadores especializados, así como por las obras de los viajeros ingleses (Prieto 1996), una lengua, la inglesa, también por entonces incorporada plenamente a la idea de literatura en Argentina por la magnífica prosa inglesa de William Henry/Guillermo Enrique Hudson–, y sobre todo el francés, presente en el modelo educativo de las élites a través de institutrices, resultaron factores tanto o más determinantes que las proclamas modernistas de Rubén Darío para decantarse por el francés como lengua de cultura, en un proceso que, por otro lado, no deja de resultar calcado al de las élites de numerosos países europeos. Tal como lo sintetiza de Torre, la disyuntiva era clara:

Los argentinos únicamente podían optar por dos resoluciones: o bien decidirse a utilizar su “español hablado”, prescindiendo de todo escrúpulo purista, incorporándole, por el contrario, toda suerte de neologismos y modismos criollos, pero tendiendo a elevarlo hasta conferirle una categoría literaria –cosa que sólo años después intentaría aguerridamente otra generación, y, señaladamente, el esfuerzo de un Borges– o bien el camino más expedito, perezoso y fácil: echarse en brazos de un idioma ajeno; pero ya hecho, perfectamente apto para la expresión intelectual de todos los “déracinés” mentales: el francés. (Torre 1932b: 9)

No se trata, simplemente, de la revisión del debate sobre el galicismo mental o el mal francés de los escritores modernistas, sino de una nueva pugna en que lo más preocupante no es que el español sea hegemónico pero *impuro*, en la principal ciudad hispanohablante de América del Sur –y, en realidad, ya de todo el mundo, a efectos demográficos–, sino el hecho de que sus élites, al considerarlo un idioma sin prestigio, se aislen de la tradición cultural española, considerando el idioma “el español de ultramar”: así [lo] designa Ocampo, con indudable intención”, abandonándolo por otros idiomas, es decir, por el francés. Guillermo de Torre se apoya, en este punto, en Arturo Capdevila, escritor americano vinculado al CIAP de Pedro Sáinz Rodríguez, que en 1928 había publicado en *La Prensa* un conjunto de artículos polémicos, que posteriormente recogería en forma de libro: *Babel y el castellano*, en cuyas páginas satirizaba este tipo de opciones: “desertar hacia otro

idioma, así sea el más rico, es desertar hacia la nada”, cita Guillermo de Torre, que dedicará a este libro el tercer y último artículo de la serie sobre *Nuestro idioma y la Argentina* en el periódico *El Sol*.

Sin embargo, esa nada estaba repleta de historia previa, y en segundo término, de libros. Esa “deserción” se producía no solamente hacia idiomas considerados más versátiles, sino, además, con tradiciones literarias mucho más atractivas para estos nuevos lectores americanos. Guillermo de Torre, a diferencia de Ocampo, tiene una memoria peninsular de este proceso: para él, todo arranca de la crisis española finisecular de la cual no sabe cómo salir, y, por tanto, el “drama idiomático” de Ocampo tiene un origen español:

ese complejo de inferioridad hispánica a que antes aludimos no es ciertamente una creación argentina. Como es sabido, fuimos nosotros quienes contribuimos a formarlo mediante el proceso revisionista y las subsiguientes inectivas contra España que tienen su momento crucial en el 98. Pero ahí la crítica y la restricción eran técnicas; desde América, en cambio, sólo se percibía su virulencia destructiva y desprestigiante. Ha debido transcurrir mucho tiempo antes de que ese criticismo produjese frutos renovados, originales. Por otra parte, puestos a captar América, en aquella época finisecular, confesemos que los ejemplos de arte y de pensamiento que podíamos mostrarles no eran muy convincentes, para quien disfrutaba la facilidad de elegir a su guisa las lecturas –dada la facilidad poliglota del suramericano– en el vasto escaparate europeo. Así, en otro pasaje de sus confesiones, Victoria Ocampo nos cuenta, sin rebozos, cómo ciertas personas que, compadecidas de su ignorancia “agresiva y salvaje”, respecto a lo español, quisieron iniciarla en el conocimiento de nuestra literatura, dándole a leer obras de Galdós, Valera, y Alarcón, fracasaron lamentablemente, y el castellano siguió pareciéndole un idioma acartonado y aburrido. (Torre 1932b: 9)

Debe notarse que el crítico madrileño no puede sino *traducir* el argentino “guindé” por el peninsular “acartonado”, lo cual no deja de resultar una prueba de hasta qué punto ese idioma de los argentinos no era exactamente el idioma de los libros. Con ese borrado del término utilizado por Ocampo, Guillermo de Torre invisibiliza parte de la cuestión planteada por la argentina y por la Argentina, porque lo que le interesa es subrayar lo artificioso de ese drama, situarlo en el plano del desdén, no de los procesos culturales:

Su caso [...] nos demuestra, en definitiva, una faceta inédita sobre los pleitos del idioma y de la cultura española en América. Ciertamente la imagen no es halagadora, y evidencia cómo hay algo más que nacionalismo y resentimiento en los vejámenes del idioma. Pero no nos creamos completamente exentos de culpa. Al contrario: a nosotros nos corresponde gran parte de la causa de tal desviación. Somos –más bien nuestros antecesores– parcialmente reos de ese complejo de inferioridad hispánica, certero en su intención revalorizadora interior, pero perjudicial en su alcance transatlántico. Urge, pues, llegar a una completa rehabilitación de nuestro idioma y de nuestra cultura en tierras de América. Urge incrustar bien en la cabeza de todos este crudo axioma: lo español, por el simple hecho de serlo –en contra de lo que predicán los inconscientes o los

simuladores–, no es nada, o casi nada, en la Argentina. Y la identidad idiomática –superficial, pues a poco que se ahonde pululan las divergencias–, en relación con los demás países europeos, tampoco le crea ninguna situación de privilegio lingüístico o intelectual. (Torre 1932b: 9)

Como puede apreciarse, aun en su desconcierto, Torre no deja de identificar el problema con claridad, aunque lo explique de manera profundamente parcial. Por un lado, reconoce que la crisis finisecular había sido regeneradora en la península, pero nefasta en términos transatlánticos, ya que en América solamente se percibía como forma de debilidad: “Ese complejo de inferioridad hispánica” (Torre 1932b: 9) como lo llama de Torre, esa debilidad combinaba la falta del prestigio del idioma español como consecuencia de su empobrecido uso en la vida cotidiana, tanto en lo relativo a la inmigración como a las formas dialectales o criollas, situado al margen de la producción intelectual, que se relaciona con otros idiomas y formas de vida de las élites. Por tanto, lo intelectual, lo literario, lo culto, había acabado por desvincularse de lo español porque ya no formaba un todo con el idioma. El idioma de los libros era, ya, otro.

Y aquí es donde Guillermo de Torre se propone intervenir:

Así, cuantos se preocupan por estas cuestiones deben trabajar fervorosamente para que, eliminando aquellos recelos que toda intención monopolizadora o imperialista suscitaría aquí legítimamente, en esta feria de competencias mundiales que es América, nuestro idioma y nuestros libros alcancen, desde el Golfo de Méjico a Tierra de Fuego, el plano que les pertenece. Lo reclama así, entre otros motivos, la dignidad del español no emigrante ni especulativo que por estas latitudes se aventure. (Torre 1932b: 9)

Por tanto, según su opinión, el problema detectado en 1927, para el cual se propuso una solución tan torpe, habiendo seguido de cerca las polémicas idiomáticas de los años inmediatamente posteriores, se matiza ahora gracias a la autobiografía idiomática de Ocampo. El hecho de que Buenos Aires fuese un factor demográfico a favor del idioma, al extender su uso a diversos millones de nuevos hablantes en poquísimos tiempo, no servía de nada si ese dominio demográfico no iba acompañado de un dominio simbólico, es decir, si las élites no identificaban el idioma español, en tanto que *español* –y su tradición cultural– con la textura intelectual que le era propia a esas élites. A todo ello se refería, con la debida perspectiva histórica Amado Alonso al publicar en, 1943, su historia espiritual de tres nombres: *Castellano, español, idioma nacional* (Alonso 1943). El drama de Ocampo, visto desde la óptica madrileña no era idiomático, sino nacional/civilizatorio: Ortega y Gasset había llegado demasiado tarde –y produciendo no pocos malentendidos, por otra parte– con sus *Meditaciones* de la criolla y del pueblo joven.

4. Babel o España

Para Guillermo de Torre, la restitución a través de “nuestros libros” de lo español al centro de la vida literaria americana era un imperativo de intelectualidad panhispánica, del cual su presencia en Buenos Aires era una expresión militante y un acto de proselitismo patriótico. Por ello, después de exponer, a partir del caso de Victoria Ocampo, el drama del desdén de las élites argentinas respecto al español como idioma y a la literatura española como lectura intelectualmente atractiva dentro de la cual construir la propia expresión americana, Guillermo de Torre busca complicidades. Y la halla en autores como Arturo Capdevila y su libro *Babel y el castellano* para reconstruir esa dominación simbólica.

En el tercer artículo de la serie sobre *Nuestro idioma y la Argentina*, publicado en *El Sol* a principios de junio de 1932 (1932c), que no es sino un comentario interesado del libro de Capdevila, asumiendo buena parte de su programa –en el contexto inmediatamente posterior a la polémica sobre el idioma de los argentinos, que en el fondo prolonga–, Guillermo de Torre subraya: “Capdevila [...] muéstranos como un ducho conocedor de los problemas que le plantea su oficio frente a la dispersión idiomática argentina [...] nos advierte en el primer tramo del libro: ‘Un orgullo ha dictado este libro: el de hablar castellano. Y una cosa querría patrióticamente el autor: comunicar este orgullo a toda la gente que lo habla’” (Torre 1932c: 8). El reseñador se suma a ese orgullo, suscribiendo sus argumentos y publicitándolos en la prensa de Madrid, y en el epílogo que añade al libro de Capdevila al reeditarlos en su editorial, Losada, en 1940. Un epílogo que, en realidad, no era más que la recuperación del último de los artículos de *El Sol*, pero bajo el título de “La buena doctrina”, insistiendo en que se trata de un libro *justiciero e imparcial* (Torre en Capdevila 1940: 165). Para Guillermo de Torre, las tensiones entre la literatura española y la argentina eran una proyección de las luchas del siglo XIX, lo cual, sin dejar de ser cierto, es referido de manera parcial:

La ofensiva mental argentina frente a España y el subsiguiente y vago anhelo de un idioma nacional fueron no más que una secuela trasnochada del reguero de hostilidad dejado en el aire por las luchas de la independencia. “La literatura [] corrobora donosamente Capdevila– crepitó mezclada con la pólvora. Con esta particular circunstancia: que apagada la pólvora, ardía aún la literatura; cosa que ha de atribuirse, como parece justo, a la mala calidad de la literatura.” Los primeros insurgentes, los mejores –Echeverría, Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez–, no llegaron, empero, a traducir sus divergencias frente a España en el empeño desorbitado de una lengua nacional. (Torre 1932c: 8)

Como puede apreciarse, hay lenguas nacionales cuyo empeño por serlo es desorbitado, pero ello no afecta al español en España, que, sin embargo, es postulado como nacional y supranacional (americano) al mismo tiempo. Esa supranacionalidad americana es fundamental para el propósito de nacionalistas culturales españoles como Guillermo de Torre, puesto que la necesita como garantía de universalidad de la cultura española. El problema que se encuentra es doble: por un lado, la magnitud americana le desborda, y por otro lado, la diversidad americana hace casi inviable su propósito. En este sentido, la

especificidad argentina, en contraste con el resto del continente, es algo más que una incomodidad argumental; es, de hecho, lo que hace imposible el proyecto homogeneizador de Guillermo de Torre:

Los argentinos, por ejemplo, estiman casi como una ofensa, no ya que se los equipare, sino hasta que se los ponga en un plano de relación con los demás países de América. Como manifestación de soberanía indivisa, como voluntad de superación, ese criterio está bien; pero en punto al conocimiento e intercambio espiritual, tal orgulloso egocentrismo, semejante hiperestesia de lo nacional, son funestos.

Con razón mi amigo Joaquín Edwards Bello, autor de ese libro que merece ser leído “El nacionalismo continental”, los ha llamado los Estados Desunidos de América. Y lo serán más cada día de continuar así. Pero aunque sigan viviendo en ese indiferentismo mutuo— un poco justificado, por otra parte, ya que ninguna República, por muy próxima que esté, puede darles ni la mitad de lo que reciben por la vía de Europa—, sería bueno que cuidasen de establecer cierta congruencia basados en una unidad superior. Ahora bien: esta unión no está en ellos mismos. La unidad en lo espiritual sólo puede otorgársela alguien —una nación— que esté por encima en el tiempo y distante, pero próxima, de ellas. Y esta nación es España. Y ese punto de traba es el idioma, única realidad vital panhispanoamericana. [...] De ahí —pasando al plano empírico— a reconocer las ventajas, la imprescindible necesidad de crear un Centro regulador y distribuidor intelectual, editorial, que no puede ser otro —en las actuales circunstancias, mientras a ningún país americano se baste para el caso— que Madrid. (Torre 1932c: 8)

Es decir, que gracias a Capdevila, Torre puede retomar sus argumentos sobre el Meridiano, ya que al fin y al cabo el autor del libro los tomaba de él mismo. Al citar a Capdevila, en realidad más bien se está autocitando. El libro de Capdevila le regala una inesperada situación, de ex-citación, que no desaprovecha: renueva sus propias convicciones, e incorpora una voz literaria argentina —aunque muy menor— a sus tesis, que vuelven a tomar fuerza en el *otro*, al tiempo que lo convierte en el *mismo*. Es decir, que borra la anomalía de que alguien que hable y escribe en castellano se resista tozudamente a ser considerado español, por mucho que un océano le separe de Madrid. Eso sí, como suele pasar en estos casos, los nacionalistas son los *otros*, en este caso los argentinos, inclinados hacia el nacionalismo lingüístico decimonónico, y en el fondo nuevamente instigados por franceses:

La más sonada expresión de ese prurito separatista fue un libro que lleva la fecha de 1900 y el pie editorial de París. Su forastería se acusaba además por la nacionalidad del autor. Un clérigo francés, Luciano Abeille, fue quien perpetró la caudalosa obra “El idioma nacional de los argentinos”. En sus páginas llegaba a proponer la supresión de la enseñanza del castellano en las escuelas, siendo reemplazado por el guaraní, el quichua y una dosis mayor de francés... Desde el cascarrabias galoargentino Paul Groussac hasta el comedido Ricardo Rojas, todos los escritores responsables de aquel entonces se alzaron frente a tales

dislates. Pero fue un filólogo platense, Costa-Álvarez, quien en su curioso libro “Nuestra lengua” mejor desmontó y pulverizó pieza tras pieza el fantástico artilugio de Abeille.

Por lo demás, los pujos autonomistas lingüísticos de hombres tan eminentes como Alberdi, Sarmiento, Echeverría, no fueron casi otra cosa que manifestaciones naturales de su bélica juventud. Pues todos ellos, sin excepción, rectificaron, al reposarse, sus violencias, sus excesos veinteañeros. Sesenta y un años tenía Alberdi, nos cuenta Capdevila, cuando reconoció que en España y América “el idioma será el mismo en el fondo”. Esto es, que persistiría, como ha persistido, la “Koiné”, la identidad lingüística panhispanica, por encima de mínimas diferencias. Y ésta ha sido siempre la actitud verdaderamente intelectual. Ni aun en años recientes, cuando el exacerbado fervor nacionalista de algunos, la resurrecta y esporádica hispanofobia de otros, y finalmente el alza de la marea lunfardizante, nadie se atrevió a preconizar tanto como un idioma diferente. (Torre 1932c: 8)

En este punto, la alusión ineludible era a Jorge Luis Borges, a su intervención en la polémica sobre “El idioma de los argentinos”,

Así, Jorge Luis Borges, en sus penetrantes inquisiciones sobre el “idioma de los argentinos”, no llega, en suma, a señalar otra cosa más que una diferencia de tono, un clima espiritual diferente, entre el lenguaje familiar hablado porteño y el español. (Torre 1932c: 8)

Sin embargo, hay que tener en cuenta que, casi siempre, las citas que Guillermo de Torre toma de Borges son parciales y descontextualizadas, de manera que, sin forzar demasiado al autor de *Fervor de Buenos Aires*, el resultado es la apariencia de otros fervores en el porteño.

Por otro lado, Guillermo de Torre sabe perfectamente que con la polémica del Meridiano había entreabierto un debate que, en el fondo, no le convenía: el de la unidad de lengua, que además ya se estaba desarrollando en otra escena: la filológica, que no era su terreno. Necesita reconducir la situación para que sus argumentos no parezcan tan inconsistentes, por ello, en diversas ocasiones, insiste en que todo había sido un malentendido, y que en realidad su escrito de 1927 quería incidir en la situación del mercado editorial en lengua castellana fragmentado y abocado a un mutuo desconocimiento y, por ende, a una debilidad en el contexto mundial. Así, en el texto de presentación de la exposición del libro argentino-uruguayo en Madrid, también publicado en *La Gaceta Literaria* en 1928 y fechado en Buenos Aires, propone que en Madrid se sitúe, más que un meridiano intelectual, un gran centro de distribución editorial “adecuado para expandir el libro en todas direcciones” (Torre 1928b: 1), que pueda articular toda la producción literaria en lengua española, en nombre del bien común y de la racionalización de un campo editorial tan amplio. Para ello la función de *La Gaceta Literaria* y de sus nuevos dueños desde mediados de 1929, la CIAP –Compañía Iberoamericana de Publicaciones– de Pedro Sáinz Rodríguez, resultaba clave:

Tarea que, a mi juicio —compañeros de *La Gaceta Literaria*—, sólo podrá ser llevada a un punto de perfección, de regularización sistemática por vosotros, por esa librería que se dispone a alzar nuestro periódico, y que debe proponerse como uno de sus más netos objetivos [...] lo que nadie ha realizado hasta ahora. (Torre 1929: 5)

Se trata de un complicado cambio de argumentación en el que toma muchas precauciones:

Aclaremos de una vez para siempre —a fin de precavernos contra toda maligna suspicacia— que el hecho de fijar en España el centro expansivo de la producción bibliográfica americana, no implica sometimiento a hegemonía de ninguna clase; se reduce simplemente a una medida de interés cultural y de eficacia económica. (Torre 1928b: 1)

Excusa vagamente técnica y aséptica ampliamente desarrollada en la tercera entrega de la serie, “Babel y el castellano”:

No se trataba, empero, sino de poner en un pie de igualdad ante el mercado la producción española y la hispanoamericana; de otorgar a esta última el mismo trato de publicidad y de atención que merece ahí la nuestra. Y ése era, en definitiva —repito una vez más—, el supremo vértice adonde apuntaba aquella desnaturalizada pretensión del meridiano, no cultural, sino editorial, publicitario, empírico. Y esto, realizado generosamente y de modo sólo temporal, no de un modo que hipotecase la futura posibilidad autonómica de cada país, sino únicamente mientras los editores argentinos y suramericanos no estuvieran capacitados, por su cuantía y su potencia, para irradiar plenamente el libro desde sus respectivos países. Pero, pese al revuelo de entonces, las cosas siguen en el mismo punto muerto, infecundo. ¿A qué insistir? Las lamentaciones y la propuesta de remedios originarían tal vez una nueva cosecha de errores. (Torre 1932c: 8)

Este giro no solamente es estratégico respecto a la recepción de su propia figura por parte del campo intelectual argentino, sino que responde también a la evolución interna del campo intelectual y político español. *La Gaceta Literaria*, relevo de *Revista de las Españas*, había sido impulsada por Giménez Caballero pero financiada por un núcleo empresarial liberal; ese círculo se sentía cada vez más incómodo, sobre todo desde la publicación del que se considera el documento fundacional del fascismo cultural español, la “Carta a un compañero de la joven España”⁵, en el número del 15 de febrero de 1929. La revista está cada vez más

⁵ Sobre esta evolución, véase Enrique Selva, especialmente, pp. 115 y ss. Aunque la “Carta” es el escrito más claramente fascista aparecido en la revista, no debe olvidarse que en 1927 en el n. 4, Giménez Caballero había publicado ya “Conversación con un camisa negra: Ramiro de Maeztu”, donde afirmaba que “Todos los escritores que viven en el barrio de Salamanca terminan por teñirse de un “gris fascista”, gran color de moda, de una tentación aristocrática y democrática... Ortega, D’Ors, Salaverría, Maeztu, Gómez de la Serna...” se trata de una apreciación discutible en algunos casos, pero no del todo incoherente respecto a lo fundamental, el giro fascizante de la revista —antes de la “Carta a un compañero de la joven España”—, y que terminaba con estas palabras: “Nos levantamos. Me acompañó a la puerta. Me estrechó la mano gravemente. Bajé la

escorada hacia el fascismo, lo que ahuyenta a buena parte de sus mecenas y algunos colaboradores ideológicamente en la antípoda de *Gecé*, como César Arconada, que la abandona. La absorción de la revista por parte de la CIAP y la incorporación de Pedro Sáinz Rodríguez –impulsor del golpe de estado de Franco, con quien sería ministro de Instrucción (es decir, de Educación) en los primeros gobiernos de la Dictadura, y responsable de la depuración de los docentes republicanos–, que se impone como co-director de la revista fue la concreción institucional del giro falangista que discursivamente ya se había registrado en sus páginas. La *Gaceta* se convierte, nítidamente, en el principal órgano articulación y de difusión del fascismo y del nacionalismo cultural español. Sin embargo, el precio fue perder las referencias vanguardistas, y finalmente, entrar en un declive que retitulará la cabecera como *El Robinson literario de España*, un Robinson que no es otro que el mismo Giménez Caballero, ya como redactor en solitario de la revista, que desaparece en 1932. Finalmente, su relevo será una nueva publicación, inspirada por Giménez Caballero, pero ya dirigida por Ramiro Ledesma: *La conquista del Estado*.

Por otro lado, esta evolución de la revista implicaba también un giro antieuropeísta que entraba también en conflicto con el afán europeizante argentino. Si bien es cierto que una parte del internacionalismo de Giménez Caballero tiene que ver con su descubrimiento del germanismo –incluyendo el factor ario– en su época de Lector en la Universidad de Estrasburgo, posteriormente el giro italiano de su ideario fascista le llevará a una oposición germánico-latina: retomando a Miguel de Unamuno y a Curzio Malaparte, afirma “No europeizar a España, españolizar Europa. No Norte contra Sur, sino Sur contra Norte [...] Italia contra Europa. España, contra Europa. Rusia, contra Europa. Y en esto estarán sus funciones *esencialmente europeas*” (Giménez Caballero 1929: 1). Muchos años más tarde, pese a que el término *internacional* había sido programático en la cabecera de la revista, su director reniega completamente de él, en favor del concepto de imperialismo:

Si el nacionalismo y el imperialismo son ineludibles realidades, en cambio el internacionalismo es una falacia, amigo Foard. Todo internacionalismo es un nacionalismo vergonzante, el de los apátridas, los descastados o... los vanguardistas. Yo he sido vanguardista y cosmopolita hasta que descubrí la inexistencia de ese ideal nación o cosmos. ¿El internacionalismo? El soviético se llama “Moscú”; el chino, “Pekín”; el norteamericano “Washington”, como pudo denominarse “Escorial” el de la España contrarreformista; “Roma es el del catolicismo; “La Meca” es el del islamismo y “París el del Mercado Común Europeo. (Giménez Caballero 1975: 235-236)

Curiosamente, esta reacción anti-internacionalista y pro-imperialista –donde resuenan ciertos ecos de Eugeni d’Ors– (D’Ors c1941; Martí Monterde 2010) toma como referencia las grandes ciudades como capitales culturales, lo cual resulta

escalera. Salí a la calle. Tomé el tranvía. Escribí estas líneas. Esta conversación con la más audaz camisa negra de las que hasta ahora han alzado el brazo cesáreamente en la vida pública de las letras españolas” (*La Gaceta Literaria* 4, p. 1).

coherente con la disputa por la ciudad que había de ostentar el rango de Meridiano. De hecho, el mismo Giménez Caballero intentará darle categoría histórico-crítica al publicar, en seis volúmenes aparecidos entre 1940 y 1949, su *Lengua y literatura de España y su Imperio*.

Pero si volvemos a los argumentos de Guillermo de Torre sobre Capdevila, vemos que la alternativa al internacionalismo no es otra que la unificación.

Mientras tanto..., siguen estando de actualidad las palabras que escribía el autor de “Babel y el castellano” en 1928, y con las cuales quiero cerrar estas digresiones: “Mientras tanto, españoles e hispanoamericanos pronunciaremos hermosos discursos en ocasión del Día de la Raza, tremolarán las banderas y seremos siempre los elocuentes habitantes de una *Confederación de soledades*. (Torre 1932c: 8)⁶

La posible cohesión nacional alrededor del español no se correspondía con un sentimiento de pertenencia política o identitaria automática a lo español o a la hispanidad, ni siquiera a través del idioma —que, sacando la polémica filológica del callejón sin salida, Amado Alonso vino a considerar *aluvial* (Alonso 1932, Lida 2012), como la sociedad argentina misma—, en el cual se percibía una pluralidad, que, como señala Borges, remite a un problema verbal y literario:

Dentro de la comunidad del idioma (es decir, dentro de lo entendible: límite que está pared por pared de lo infinito y del que no podemos quejarnos honestamente) el deber de cada uno es dar con su voz. El de los escritores más que nadie, claro que sí. (Borges 1928: 181)

Pero además hay que tener en cuenta que esta polémica, en su conjunto, se extiende hasta bien entrado los años cuarenta, especialmente con la publicación, en 1941 y en Losada, del libro de Américo Castro *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*. Porque todas estas consideraciones no se realizaban en el vacío, como un detalle excepcional, sino que, como ha documentado y comentado profusamente Joan Ramon Resina, forman parte de una auténtica estrategia académica y política destinada a capitalizar la extensión geográfica y demográfica de la lengua española, descrita con una impostada jerga de universalidad, en favor de una posición hegemónica postcolonial y de una expectativa por parte del franquismo, en los años cuarenta y cincuenta, de aducir esta potencia lingüística y cultural como capital simbólico acumulado con el cual presentarse como mediadora o, al menos, hacer acto de presencia, entre las potencias occidentales de la postguerra europea y de la guerra fría: publicaciones, congresos, debates, trabajos filológicos e históricos fuertemente dotados por el gobierno franquista, en muchos casos dotados de una actitud ecuménica potenciada por el liberalismo católico, consolidan esa acumulación simbólica que, además, permita recuperar parte del dominio perdido en 1898, en tanto que “el Hispanismo surgió en el siglo XIX junto a las filologías nacionales como una estrategia de compensación de la colosal pérdida de los territorios de América”, (Resina: 105) y su objetivo

⁶ Las cursivas son de Guillermo de Torre.

primordial en los años cuarenta y cincuenta, del cual Guillermo de Torre había esbozado el programa con la teoría del Meridiano mucho más agudamente que sus predecesores filológicos, no es otro que ofrecer la lengua española y la idea de España como definición del hispanismo al mismo tiempo que su construcción. Citando a Valle y Gabriel Stheemann, Resina subraya que el objetivo de insistir en “la existencia de una única cultura, estilo de vida, características, tradiciones y valores españoles, *todo ello encarnado en su lengua*; la idea de que la cultura americana no es otra cosa que la española trasplantada al nuevo mundo; y la noción de que la cultura hispánica tiene una jerarquía interna en la que España ocupa una posición hegemónica”, se complementa con una constante apelación “a un estado de cosas más flexible que incluye la complicidad latinoamericana con la universalidad hispánica” (Resina: 105). Por otro lado la publicación en 1941, en Buenos Aires, de *La peculiaridad lingüística rioplatense*, de Américo Castro, no solamente no significaba la superación de la retórica neoimperial anterior al franquismo y revitalizada por éste, sino que, como ha señalado Antonio Gómez López-Quñones, “reproducía hábitos filológicos muy antiguos: la unidad, la hermandad o concordia lingüístico-cultural del ámbito hispánico como coartada para un cierto control sobre la gestión del idioma, de las literaturas nacionales, del modo y de los objetivos con los que éstas se estudiaban (Gómez López-Quñones: 166), una dinámica de carácter institucional, impulsada al fin y al cabo por Menéndez Pidal, que el exilio republicano español intelectual –consciente o inconscientemente– solo podía reforzar. Por ello, la publicación en *Sur* de “Las alarmas del doctor Américo Castro” de Jorge Luis Borges funciona como una rótula entre la polémica del 27 y la década de los años cuarenta, especialmente en lo que respecta a la evolución del liberalismo español hacia posiciones colaboracionistas con el fascismo. Ello le lleva a distanciarse incluso de Amado Alonso, de quien podía interesarle el concepto de lengua aluvial, pero a quien ahora reprocha que aquel interesante argumento comenzase enmarcando lo argentino como un problema.

Por su parte, Guillermo de Torre fecha en 1953 un texto “La unidad de nuestro idioma” que parece escrito, precisamente, como un recordatorio, un tanto tergiversador de los planteamientos de Borges en aquella polémica. Sin embargo, en ningún momento de su trayectoria –ni en 1927 ni en los años cuarenta y cincuenta–, Guillermo de Torre parece consciente de esta continuidad de su discurso con esa definición del hispanismo, pero diversos textos demuestran que, en realidad, no es más que su síntesis, como demuestra el hecho de que, implícita o explícitamente, Torre va actualizando sus argumentos de 1927 en función de ese contexto americano en que se encuentra, pero sin perder en ningún momento de vista su propio meridiano, situado en Madrid.

El punto de partida de esa conciencia implícita de participar del panhispanismo filológico es inmediatamente posterior a su integración relativa en el campo literario bonaerense. Relativa porque, de hecho, nunca llega a darse plenamente, pese a las décadas de permanencia. Una prueba de la paradójica situación del madrileño es que el 17 de octubre de 1927 pronuncia una conferencia en la Facultad de Humanidades de Buenos Aires, “Examen de conciencia”, donde persevera en otorgar una superioridad al campo literario madrileño. Además, al año siguiente se incorpora a la redacción cultural de *La Nación*, sin abandonar las

colaboraciones en *La Gaceta Literaria*, con la que se implica activamente en la organización de la exposición del libro Argentino y Uruguayo en Madrid, sobre la cual escribe diversos artículos, el primero de los cuales, “Preliminares” –como ya había hecho en un número anterior de la misma *Gaceta*– intenta reconducir la polémica del Meridiano señalando que la propuesta de Madrid no era sino un intento de corregir el aislamiento –o aislacionismo– de las editoriales sudamericanas. El cotejo de ambos textos permite apreciar la trampa de manera tan nítida que no merece mayor comentario: el argumento, que efectivamente existe, pero constituye una mínima digresión sobre el mercado del libro, y pese a ser amplificado repetido con insistencia no solamente por Torre sino también por sus estudiosos, no pasa la prueba de la relectura del manifiesto.

La posible cohesión nacional alrededor del español no se correspondía con un sentimiento de pertenencia política o identitaria automática a lo español o a la hispanidad, ni siquiera a través del idioma –que, sacando la polémica filológica del callejón sin salida, Amado Alonso vino a considerar *aluvial*, como la sociedad argentina misma–, en el cual se percibía una pluralidad, que, como señala Borges, remite a un problema verbal y literario.

No sería descabellado pensar que años más tarde, cuando Borges descalifique la opinión, que considera infundada, según la cual en Argentina “debemos comprender que estamos esencialmente solos, y no podemos jugar a ser europeos” (Borges 1953[1989]: 272) en realidad esté dando réplica a la confederación de soledades señalada por Capdevila y Guillermo de Torre. Pero sobre todo, llegados a este punto, podemos concluir que el debate sobre la identidad literaria argentina tiene en Guillermo de Torre una dimensión específicamente española que se va renovando, y que encuentra en la redefinición del cosmopolitismo un callejón sin salida al cual, años más tarde, denominará: “La difícil universalidad de la literatura española”, a la cual intentará dar una solución en Hispanoamérica, insistiendo una y otra vez, ora sobre la literatura, ora sobre la lengua, como en “La unidad de nuestro idioma”, fechado en 1953 pero publicado en 1956 en *Las Metamorfosis de Proteo*, en que reescribe y amplía los artículos de *El Sol*.

Borrada toda diversidad interna en España, incluso donde podría haber encontrado algún aliado iberista como Gaziel, Guillermo de Torre se concentra en la articulación de la diversidad extrapeninsular, y continúa sustentando toda su argumentación en un contraste entre la especificidad de las literaturas americanas, que vincula al “escisionismo regional”, a la dimensión local, nacional, incluso indigenista. Es decir, que pese a apoyarse continuamente en autores como Reyes o Borges, continúa obviando que esa “porosidad” extrema que atribuye a América era consecuencia de las obras de, entre otros, estos dos autores; dicho de otra manera: no es lo mismo citar a Sarmiento y a Rodó que a Pedro Henríquez Ureña y, más tarde, a Héctor A. Murena. El objetivo final de insistir en esa porosidad tan frecuentemente elogiada es restablecer la continuidad salvando la incomunicación, la unidad de lengua y literatura española en los dos hemisferios. Quizá donde más claramente se aprecia hasta qué punto tanto la conferencia en el congreso de Literatura Comparada de Chapel Hill, de 1958 (Torre 1959a), como su posterior desarrollo en *Claves de literatura hispanoamericana*, no son sino la continuación de la polémica del Meridiano, sea el capítulo de este último libro titulado

“Presencia y tasación de lo español”, donde se incluye un programa tácito de lo que puede esperarse de la Literatura Comparada entre España y América. Este programa, insinuado de Chapel Hill (Martí Monterde 2016), y que, en parte, ya había sido presentado también en un artículo publicado en París en 1956, “Lo hispánico en las letras hispanoamericanas”, donde lo hispánico se define por oposición:

Guste o disguste a unos y otros (los casticistas fanáticos y los descartados irresponsables son especies homólogas destinadas a aniquilarse mutuamente), una conclusión equidistante se impone: la cultura de raíz hispánica es, ha sido y seguirá siendo una presencia irremplazable, necesaria, en el mundo hispanoamericano. Presencia, sí, pero no preeminencia que implique un trato de favor. Simplemente el reconocimiento que sin descartar en lo histórico su superioridad influyente, la sitúe contemporáneamente en un plano de igualdad con las demás culturas europeas, una vez aceptado el cosmopolitismo intelectual de Hispanoamérica. Cualquier exclusivismo resultaría ilusorio. No se olvide con cuánta libertad e intensidad confluyen en su territorio influencias de las demás culturas europeas. Por ello mismo cabría decir, respecto al invasor gálico de fines del siglo pasado y al anglico que hoy, si bien más atenuadamente, se experimenta. Y es lógico que así sea. En una cultura de vasos comunicantes, las aguas corren el riesgo de pudrirse en cualquier compartimento estanco. (Torre 1959b: 69-70)

Nada de esto convierte a Guillermo de Torre en un fascista, ni mucho menos; pero obliga a reconsiderar su compromiso liberal con la República, en función de un nacionalismo español que se articula en clave americana. Para Ernesto Giménez Caballero, la vanguardia —además de aportarle sus innegables cualidades estéticas— era una herramienta eficaz para regenerar España, y así la integró en su proyecto ideológico *criptoimperialista*, con lo cual se sumaba al esfuerzo vertebrador de Ortega y Gasset, por otro lado, plenamente comprometido con *La Gaceta Literaria* desde su primer número y uno de sus ideólogos en la sombra. Junto a estos dos puntales, más la acción americana del Centro de Estudios Históricos y la labor de Américo Castro, cabe situar la acción crítica de Guillermo de Torre, especialmente en los sucesivos desarrollos de la polémica del Meridiano, y donde la polémica con Ocampo muestra claramente los límites de su europeísmo. Pese a que la reseña “900 y el fascismo”, fechada en 1926, no se publicase en su momento, aun contando con la definición de camisa negra y camarada, y aunque pueda considerarse ambigua la caracterización que hace en “Efigie de Marinetti” de las afinidades entre el futurismo y el fascismo, comentando como “la exaltación, de los valores nacionales: el orgullo, el patriotismo, el anticlericalismo, el militarismo, el afán bélico, etc” de Marinetti terminan por concretarse en *Democracia futurista*, un libro que, como él mismo señala, “examinado detenidamente, nos revelaría curiosas analogías con el vago ideario fascista, que ha intentado codificar Gorgolini, impuesto por Mussolini en 1922” (Torre c1926[2013]: 3). Para acabar de complicar el asunto, en el mismo texto, dedicado al grupo de intelectuales fascistas italianos de la revista *900*, descarta toda simpatía con las dictaduras. Se distancia tanto de la de Mussolini como la de Primo de

Rivera, así como cualquier adhesión ideológica o conformidad con sus propuestas de forma de gobierno, Guillermo de Torre reconocía que, al menos en Italia, el fascismo “ha engendrado todo un movimiento intelectual –no digo literario, aunque también en ese sector se perciben sus repercusiones–, ha creado un nuevo estado de espíritu”⁷ (Torre c1926[2013]: 57-58). Estas ambigüedades, y el resto de las señaladas a lo largo de este artículo, sencillamente muestran unos matices que no suelen tenerse en cuenta al analizar la Polémica del meridiano, pero sin los cuales resulta imposible comprender su múltiple importancia en la vertebración internacional de una parte de la España intelectual de los años veinte, y son la demostración fehaciente de que los campos literarios, siendo siempre nacionales, implican de una manera u otra la dimensión internacional sin por ello dejar de tener una múltiple lectura nacional. Esto resulta especialmente importante para campos literarios que, como en el caso español, no se limita a establecer un *transfert* cultural con las literaturas hispanoamericanas, sino que crea una conciencia de la propia entidad que articula en lo iberoamericano tanto lo nacional como lo internacional pero sin admitir su extranjería –y mucho todavía menos su dimensión postcolonial, en la cual la Literatura Comparada en España parece no encontrar ningún interés, o tener demasiados intereses como para prestarle atención.

La relación de Guillermo de Torre con el cosmopolitismo y la polémica con Ocampo muestra, en un momento en que parece atribuirse a su figura la encarnación de lo postnacional, que el cosmopolitismo no puede darse por alcanzado solamente con atribuirle sus valores a un escritor que emplee esta palabra de manera recurrente en sus páginas; en un error que el Hispanismo peninsular –y también la Literatura Comparada académica– ha cometido ya demasiadas veces, en demasiados lugares, como para obviarlo. Porque cuando Giménez Caballero (1981: 68) llama a Guillermo de Torre “Menéndez Pelayo del Vanguardismo”, quizá no solamente se estuviese refiriendo a su vasta erudición

Referencias bibliográficas

- Alemany Bay, Carmen. *La polémica de meridiano intelectual de Hispanoamérica (1927). Estudio y textos*. Alicante: Universitat d’Alacant, 1998.
- Alonso, Amado, “El problema argentino de la lengua”, *Sur* 6, 1932: 124.
- Castellano, español, idioma nacional. *Historia espiritual de tres nombres*. Buenos Aires: Losada, 1943.
- Attala, Daniel, Sergio Delgado et Rémi Le Marc’hadour (éds.). *L’Écrivain argentin et la Tradition*. Rennes: P.U. Rennes, 2003.
- Borges, Jorge Luis, “El idioma de los argentinos”, en *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: Gleizer, 1928.
- Discusión*. Buenos Aires: Emecé, 1957.
- y Norman T. Di Giovanni, “Autobiographical Essay”, *The New Yorker*, 19 september, 1970, pp. 40-99.

⁷ “900 y el Fascismo” es una nota que se conserva en Archivo Personal de Guillermo de Torre depositado en la Biblioteca Nacional, recogido en Domingo Ródenas de Moya (2013: 57-58).

- “El escritor argentino y la tradición”, en *Obras Completas*, vol. I. Buenos Aires: Emecé, 1989 [1953]⁸, pp. 267-274.
- Evaristo Carriego*, en *Obras Completas, I*. Barcelona: Emecé, 1997 [1930].
- Capdevila, Arturo. *Babel y el castellano*. Buenos Aires: Losada, 1940.
- Daireaux, Max. *Panorama de la littérature hispano-américaine*. Paris: Kra, 1930.
- Dobry, Edgardo: *Una profecía del pasado. Lugones y la invención del “linaje de Hércules”*. Buenos Aires: FCE, 2010.
- D’Ors, Eugenio, “Humanidades y literatura comparada”, en Eugenio d’Ors/José María Pemán. *Humanidades*. Madrid: Escelicer, s/f [c1941].
- Falcón, Alejandrina, “El idioma de los libros: antecedentes y proyecciones de la polémica ‘Madrid, meridiano 'editorial' de Hispanoamérica’”, *Iberoamericana*, X, n. 37, 2010, pp. 39-58.
- Giménez Caballero, Ernesto, “Conversación con una camisa negra”, *La Gaceta Literaria* I, 4 (Madrid, 15 de febrero de 1927): 1.
- “En torno al casticismo de Italia. Carta a un compañero de la joven España”, *La Gaceta Literaria* I, 4 (Madrid, 15 de febrero de 1929): 1.
- “Carta final al autor”, en Douglas W. Foard. *Ernesto Giménez Caballero o la Revolución del poeta. Estudio sobre el nacionalismo cultural hispánico en el siglo XX*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1975, pp. 235-236.
- Memorias de un dictador*. Barcelona: Planeta, 1981.
- Gómez López-Quifones, Antonio, “Borges, el hispanismo y la política del idioma”, en Juan Pablo Dabove (ed.). *Jorge Luis Borges: políticas de la literatura*. Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2008, pp. 157-174.
- González Boixo, José C., “El meridiano intelectual de Hispanoamérica: polémica suscitada en 1927 por la *Gaceta Literaria*”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 459, 1988, pp. 166-171.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, en *Obra Crítica*. México: FCE, 1960, pp. 239-330.
- Lida, Miranda, “Una lengua nacional aluvial para la Argentina. Jorge Luis Borges, Américo Castro y Amado Alonso en torno al idioma de los argentinos”, *Prismas* 16, 2012, pp. 99-119.
- Martí Monterde, Antoni, “Eugeni d’Ors, ‘la Literatura Comparada... y sus errores’”, en T. Blesa, A. Saldaña y J.C. Pueo (eds.). *Pensamiento literario español del siglo XX (IV)*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2010, pp. 63-110.
- “Interliterariness and the Literary Field: Catalan Literature and Literatures in Catalonia”, en Joan Ramon Resina (ed.). *Iberian Modalities*. Liverpool: Liverpool UP, 2013, pp. 62-80.
- “¿Dónde está el meridiano? Guillermo de Torre y Agustí Calvet *Gaziel*: un diálogo frustrado”, *452ºF*, 11 (2014): 43-63.
- “Guillermo de Torre en Chapel Hill: Diálogo de literaturas y Literatura Comparada”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, vol. 46, n. 1, 2016, pp. 219-244.
- Ocampo, Victoria, “Palabras francesas”, *Sur*, 3, 1931: 7-25.
- Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*. Buenos Aires: FCE, 1996.
- Quijada, Mónica, “Sobre el origen y difusión del nombre ‘América latina’ (o una variación heterodoxa. En torno al tema de la construcción Social de la verdad)”, *Revista de Indias* LVIII: 214, 1998, pp. 595-615.

⁸ Primera publicación en *Cursos y Conferencias* XLII, 250-251-252, enero-febrero-marzo de 1953, pp. 515-525. Posteriormente en *Discusión*. Buenos Aires: Emecé, 1957, pp. 151-162.

- Resina, Joan Ramon. *Del Hispanismo a los estudios ibéricos*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009.
- Ródenas de Moya, Domingo, “Guillermo de Torre o la ética de la crítica literaria”, en Dominfo Ródenas de Moya (sel. y pról.). Guillermo de Torre. *Entre la aventura y el orden*. Madrid: Fundación Banco de Santander, 2013, pp. IX-LXXII.
- Selva, Enrique. *Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*. Valencia: Pre-Textos, 2000.
- Torre, Guillermo de. *Literaturas Europeas de Vanguardia*, Madrid: Caro Raggio, 1925. Reedición facsímil, Sevilla: Renacimiento, 2001.
- “900 y el Fascismo” (c1926), Archivo Personal de Guillermo de Torre conservado en la Biblioteca Nacional, en Domingo Ródenas de Moya (sel. y pról.). Guillermo de Torre. *Entre la aventura y el orden*. Madrid: Fundación Banco de Santander, 2013, pp. 57-58.
- (sin firma), “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica”, *La Gaceta Literaria* I, 6 (15 de abril de 1927a): 1.
- [Respuesta en] “Un debate apasionado. Campeonato para un meridiano intelectual”, *La Gaceta Literaria* I, 17 (1 de septiembre de 1927b): 1-3.
- “Efígie de Marinetti”. *La Gaceta Literaria*, II, 28 (15 de febrero de 1928a): 3.
- “Preliminares. Ante la exposición del libro argentino-uruguayo en Madrid”, *La Gaceta Literaria* II, 39 (1 de agosto de 1928b): 1.
- “Examen de conciencia”, *Humanidades*, tomo XVIII, Buenos Aires, 1928b, p. 177-192.⁹
- “Ante la exposición del libro argentino-uruguayo en Madrid. Lo que dice un editor español en Buenos Aires. Julián Urgoiti, delegado de Espasa Calpe”, *La Gaceta Literaria* II, 55 (1 de Abril de 1929): 5.
- “Preámbulo de claridades”, *El Sol*, 10 de abril de 1932a, p. 2.
- “Nuestro idioma y la Argentina. Victoria Ocampo o el drama lingüístico de una época”, *El Sol*, 8 de Mayo de 1932b, p. 9.
- “Nuestro idioma y la Argentina. Babel y el castellano”, *El Sol*, 5 de junio de 1932c, p. 8.
- “España en la Literatura comparada”, *Revista de Occidente*, 150, junio de 1936, pp. 339-346.
- “La emigración intelectual, drama del presente”, en *La aventura y el orden*. Buenos Aires: Losada, 1943, pp. 315-322.
- “Goethe y la ‘literatura universal’”, *Realidad*, vol. VI, n. 17-18, septiembre-diciembre de 1949; pp. 260-268.¹⁰
- “Hacia una reconquista de la libertad intelectual”, *La Torre*, n. 3, 1953, pp. 107-126.
- Las metamorfosis de Proteo*, Buenos Aires, Losada, 1956a.
- “Lo hispánico en las letra hispanoamericanas”, *Cuadernos del Congreso para la Libertad de la Cultura* 19, 1956b: 149-153.
- “Unamuno y la literatura hispanoamericana”, *Cuadernos del Congreso para la Libertad de la Cultura*, n. 30, 1958, p. 3-12.¹¹
- “Diálogo de literaturas”, en Werner P. Friederich (ed.). *Comparative Literature. Proceedings of the second Congress of the I.C.L.A.*, 2 vols. Chapel Hill: U. of North Carolina P., 1959a, vol. I, pp. 79-88.
- Claves de literatura hispanoamericana*. Madrid: Taurus, 1959b.
- “La difícil universalidad de la literatura española”, en Frank Pierce y Cyril Jones (eds.). *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*, Oxford, Delphin Books, 1964.¹²

⁹ Citamos por la edición en separata, con paginación 3-18, concretamente de un ejemplar con dedicatoria autógrafa a Benjamín Jarnés.

¹⁰ Posteriormente recogido en *Las metamorfosis de Proteo*. Buenos Aires: Losada, 1956.

¹¹ También en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 11, 1961, pp. 5-25 y *La Torre*, vol. IX, 1961, pp. 537-562.

- El espejo y el camino*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1968.
—*Nuevas direcciones de la crítica literaria*. Madrid: Alianza, 1970.

¹² También en *La difícil universalidad española*. Madrid: Gredos, 1965, pp. 161-176.